

TRADICIONES
POPULARES
NAVIDEÑAS

«El tió»

Por

Joaquín GIRONELLA



Una de las costumbres populares que antaño contó con extraordinario arraigo y popularidad —hoy no del todo desaparecida, pero sí bastante abandonada—, es la de hacer «rajar el tió».

El «tió», no obstante su apariencia de tronco inservible, es uno de los seres más importantes en las fiestas navideñas y tiene una gran relación con la alegría de los chiquillos a los que prodiga abundantes golosinas.

El belén o pesebre que, afortunadamente, tanto auge ha conseguido hoy en día, constituyendo con toda seguridad la mayor atracción y la mejor alegría para los niños, antaño no tuvo ni de mucho tanta divulgación y, en los medios rurales, casi se concretaba a uno instalado generalmente en la casa Rectoral, a la que acudían afanosos y alegres casi todos los días la gente menuda de la población, deseosa de contemplar el avance de los Reves Magos en su caminar hacia la Cueva; el de los pastores que se encaminaban a adorar al Niño Jesús, y a las mujeres aldeanas o a los humildes labriegos que acudían con sus modestos obsequios para ofrecerlos al recién nacido. El «tió», en cambio, era cosa casi general y en cualquier hogar, por modesto que fuera, era tradicional, al llegar los días navideños, poner en práctica la tradición de hacer «rajar el tió».

Generalmente, en las vísperas de Navidad y también de Año Nuevo, reunidos en torno al hogar abuelos, padres e hijos, tenía lugar el desarrollo de esta ingenua y emotiva escena. El solo anuncio de la misma —que solía tener lugar durante la velada—, traía alocados y nerviosos a los chiquillos durante la jornada, esperando con impaciencia el momento propicio en que el «tió» estuviera en condiciones de mostrar su esplendor. Aún recordamos con cierta nostalgia e ilusión aquellos momentos y, también, los que desde muchos días antes, acelerados e inquietos, andábamos buscando un tronco, cuanto más grande mejor, toda vez que era creencia generalizada entre los chiquillos que, cuanto mayor el tronco o «tió», mucho más espléndido se mostraba y más la cantidad de golosinas que «rajaban» de sus toscas entrañas.

El llorado historiador de nuestro folklore, Juan Amades, en su libro *«Diades populars catalanes»*, enumera diferentes versiones sobre el «tió». Entre ellas, dice que, en muchos lugares, acostumbran a cubrirlo con una manta, al objeto de que no se enfríe, puesto que si llegara a enfermar no «rajaría». En Ordal, lo colocan sobre un banco o una mesa, bien abrigado, y antes de proceder a la «preparación» obligan a los chiquillos a retirarse, con el pretexto de que hay que purgarlo primero. En Albar, cuando ya no quiere «rajar», es decir, cuando está cansado de soltar las consabidas golosinas, saca sólo estiércol, siendo la señal de que aquéllas se han terminado; luego, van quemándolo un poquito cada día hasta llegar al Año Nuevo, en que volverá a «rajar». En la población de Martorellas, lo sacuden con un palo en la víspera y al día siguiente recogen el producto. En otros lugares, como en Cornellá, lo alimentan tres días antes con maíz; con hojas de diferentes árboles, en Sabadell, y con algarrobas en la comarca del Vendrell.

En el pueblo de Rupit, tal costumbre ya no tiene un carácter particular o doméstico, sino que se hace colectiva. El «tió» es el tronco de un árbol gigantesco y lo sitúan en el centro de la plaza. Debajo del mismo los padres colocan debidamente envueltas las golosinas destinadas a sus hijos. Estos, después de largo rato de sacudir al «tió», recogen entre la mayor algazara los presentes, reconociendo cada cual los suyos.

La costumbre del «tió» también tuvo sus adeptos en la otra vertiente de los Pirineos, y así nos cuenta el gran poeta Mistral el desarrollo de dicha tradición en tierras provenzales. Según el esclarecido vate, su celebración tiene lugar junto al hogar y en reunión familiar, e incluso a veces llegaban al anochecer algunos parientes que saludaban de esta forma: «*Bones festes. Venim a posar el tió al foc amb vosaltres, cosins*». Juntos pues, iban a buscar el «tió» de Navidad, que —como exigía la tradición— tenía que ser el tronco de un árbol frutal. Todos en fila se dirigían al manso, sosteniéndolo el más viejo de los asistentes por un extremo y el más joven por el otro. Luego daban tres vueltas por la cocina y después, al llegar junto al hogar, el padre derramaba solemnemente encima del «tió» un vaso de vino cocido, pronunciando estas palabras:

*Alegria, alegria,
fills meus, que Déu ens ompli, d'alegria!
Amb Nadal tot va bé...
Déu ens faci la gràcia de veure l'any que ve
I, si no més nombrosos que no siguem pas menys!*

Y gritando todos «*Alegria, alegria, alegria*», era colocado el tronco en el hogar y, así que se levantaba la primera llama:

*Al tió
bota foc!*

exclamaba el padre mientras se santiguaba. Luego, todos se colocaban en torno a la mesa.

Como decíamos anteriormente, en nuestra memoria queda aún presente el recuerdo infantil de aquellas escenas vividas tan intensamente. También en medio de la alegría más desbordante el «tió» era colocado en el hogar y ante la natural expectación, golpeado furiosamente con un palo por los pequeños, mientras coreaban la siguiente frase:

*Tió, tió,
caga turró.*

El turrón, antaño, era naturalmente, además de una golosina propia de las fiestas navideñas, la más apreciada por los chiquillos. Los turrones que acostumbraba a «rajarse» el «tió» eran las típicas tabletas de nieve y de avellana, no sin que dejara también soltar algún paquete de barquillos, galletas, caramelos, etc., hasta llegar a las modestas avellanas, nueces e higos.

La «operación» no crean que era tan fácil para los padres. Los pequeñuelos, mientras apeleaban al «tió» no lo perdían de vista, esperando el momento culminante en que soltara el anhelado presente. Para facilitarles la labor, los padres nos indicaban que nos retiráramos unos momentos y rezáramos un Padrenuestro para que el «tió» se mostrara pródigo, momento que ellos aprovechaban para colocar debajo del mismo las consabidas golosinas, que nosotros ingenuamente creíamos había soltado gracias a los palos que despiadadamente le habíamos propinado. Y de esta forma iba repitiéndose la escena entre risas sonoras y alegres de todos los presentes, hasta que el «tió», rendido y cansado de tanto «rajarse», ya no soltaba prenda o bien, como señal de agotamiento, sólo «rajaba» una pobre cebolla o una cabeza de ajo.

* * *

Vieja y bella costumbre que por un rato tiene la virtud de convertir a los mayores en niños y confundirles con ellos. Y bueno es que los hombres sepamos hacernos niños con los niños, participando de sus mejores ilusiones, olvidando —tan sólo sea por un rato— todo cálculo y razonamiento, abandonándonos a la santa locura de su inocencia.

Quizá si esta ingenuidad y esta inocencia presidieran siempre los actos de nuestra vida, llegarían a ser una realidad aquellas angélicas palabras: **Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.**